



La ratita Mireia y el dragón dorado

En un pequeño pueblo entre las colinas de una tierra mágica vivía la ratita Mireia, prima de la ratita que barría la escalera. Todos la conocían por su habilidad para mantenerlo todo limpio y ordenado. Pero su vida tranquila estaba a punto de cambiar.

Un día, mientras limpiaba su casa, encontró un pergamino antiguo debajo de una tabla del suelo. Contenía un mapa y una leyenda sobre un tesoro escondido en lo más profundo de un bosque encantado. Su guardián era el Dragón Dorado.

Movida por la curiosidad y las ganas de vivir una aventura, Mireia decidió averiguar si la historia era cierta.

Salió de su pueblo dispuesta a encontrar el tesoro. Sabía que el camino tendría dificultades, pero también esperaba descubrir respuestas a los misterios de su pasado. A medida que avanzaba, conoció criaturas fascinantes: algunas amables y otras menos amistosas. Cada encuentro le enseñaba algo nuevo y la acercaba a su objetivo.

Su viaje la llevó a lugares sorprendentes. En la Torre Antigua resolvió acertijos que revelaban secretos olvidados. En la Cueva de las



Sombras tuvo que afrontar sus propios temores. Con cada paso aprendía más sobre el mundo y sobre sí misma.

También encontró compañeros. Una lechuza sabia, un conejo valiente y una ardilla ingeniosa se unieron a la búsqueda. Cada cual aportaba una habilidad diferente. Juntos formaron un gran equipo y superaron engaños de un brujo oscuro, caminos difíciles y misterios ocultos en el Castillo Abandonado.

Al acercarse al final del viaje, se encontraron con el Dragón Dorado. El enfrentamiento exigía mucho más que fuerza: necesitaban ingenio y coraje. Mireia esquivaba sus movimientos mientras sus amigos colaboraban para distraerlo.

Entonces descubrieron algo importante. El dragón no era malvado. Protegía el tesoro porque estaba sometido a un antiguo encantamiento.

Mireia le habló con sinceridad y le hizo comprender que el hechizo se había roto. Ya no estaba obligado a vigilar aquel lugar. Poco a poco, el combate se convirtió en una conversación.

El Dragón Dorado compartió su sabiduría y reveló el secreto: el tesoro no era una montaña de oro. Era el conocimiento que habían adquirido, la amistad que habían construido y todo lo que habían aprendido de sí mismos.

Cuando Mireia regresó al pueblo, la recibieron como a una heroína. Su aventura se contó durante generaciones, animando a otros a explorar, aprender y descubrir los tesoros que se esconden en la vida cotidiana.